

RETRATO DE UN HOMBRE SOLIDARIO

A 25 AÑOS DE LA DESAPARICIÓN DE MAURICIO LÓPEZ

Rolando Concatti - Mendoza

Se han cumplido 25 años de la desaparición de Mauricio López. Con la inexorable vanidad del tiempo, tendemos a olvidarlo, a ponerlo en los anaqueles de la memoria y rotularlo, perfumado por el incienso de una admiración remota. Por el contrario, se impone meditar su vida.

Un homenaje, si es válido, supone poner en primer plano los méritos de alguien y las nobles consecuencias de su vida para la vida de todos; pero debería suponer también la carnadura, la proximidad a la experiencia de todos, la trama de azares y coincidencias, de esfuerzos y de fortuna, con que se hace la naturaleza de los grandes, no tan remota de la nuestra, los comunes.

El hombre secreto

Mauricio López pudo haber sido sólo un brillante profesor de filosofía, un honesto cristiano, un mendocino de cenáculos, un digno jubilado de la Universidad. Fue un pensador, un cristiano que llevó el compromiso hasta desafiar la muerte, un dirigente universal, un mártir. Descifrar, aunque sea en esbozos, el tránsito entre uno y otro destino, quizá nos ayude a meditar sobre nosotros mismos.

Mauricio no transitó de lo mediocre y lo común hacia lo excepcional de un solo paso, o porque poseyera una naturaleza incomparable; fue construyendo, en un tiempo de silencios y de adversidades, en una ciudad oscura de un país incierto, rodeado de prevenciones y de dogmas; fue construyendo digo un camino distinto, escuchando en el aire los mensajes que estaban pero que casi nadie atendía, haciendo la libertad cuando todo la hostilizaba.

De niño, siguiendo a su padre, cuyo trabajo lo llevaba a diversas provincias, conoció las penurias del continuo desarraigo. Y quizá, por contra, la facilidad de la adaptación, la amistad con los diferentes y provisorios, que darían a su carácter esa simpatía con los distintos, con los otros. Esa disposición de asombro y de cordialidad, de seducción también, que estaría en el corazón del hombre ecuménico de su edad adulta.

Apenas adolescente, él y los suyos se radicaron en Mendoza, que sería para siempre su tierra y su nostalgia, la casa de su madre y el horizonte de sus descansos. Aunque había nacido en Bahía Blanca, se sintió para siempre mendocino, porque aquí consolidó sus estudios y su personalidad, y porque aquí tendría los referentes vitales y afectivos, su enorme biblioteca, la familia, los amigos y los alumnos, algunos contradictores perpetuos también; y eso es la patria, el lugar que elegimos y el que nos elige, el sitio de los amores, de los sueños terrestres, y de algunas inexpugnables rabias.

Muy brillante alumno en la Facultad de Filosofía de la reciente UNC, pronto sería profesor de Introducción a la Filosofía, deslumbrando a los adolescentes ávidos que lo escuchaban, y definiendo un “ala progresista” (con otros, como su eterno amigo Arturo Roig) en el clima de una Universidad que cada día más “rengueaba a la derecha”. En ese clima de tensiones, se organizó en Mendoza el “Primer Congreso Nacional de Filosofía” en 1949, del que Mauricio fue uno de los

secretarios, y de cuya importancia es muy difícil tener hoy en día la perspectiva exacta. Panorama de la gran crisis posterior a la guerra, afrontamiento de corrientes tradicionales y renovadoras, ámbito donde los crecientes populismos latinoamericanos buscaban inteligencia y palabra, el Congreso fue sobre todo lugar de encuentro para muchos pensadores latinoamericanos que, presentes o representados, formulaban con énfasis los grandes temas que hacían al futuro de América Latina. Mauricio López, pleno de juventud y simpatía, repitiendo su eslogan de ofrecer a todos “techo, pan y vino”, se ganó innumerables amistades que fecundarían luego, y que explican la increíble recepción que tendría después en todos los países latinoamericanos, cuando los recorrería por otras responsabilidades. Azar, decíamos, ventura de encontrarse en una ciudad ignota pero referente por un momento de encuentros y disparadores, y de tener las armas justas para esa oportunidad. De estar a la altura del desafío.

En paralelo, de modo casi extraño, otras cosas pasaban en su vida. De padres protestantes, López participaba con los suyos de una muy pequeña iglesia, los “Hermanos Libres”, breve comunidad testimonial frente al poder y el orgullo de la Iglesia Católica, y hostil también a los aparatos de las Iglesias tradicionales del mundo reformado. Como era irremediable, la animaba un espíritu fundamentalista y un rigor cerrado. Sin embargo, por esos misterios, la comunidad de Mendoza tuvo por unos pocos años un pastor que había estudiado con Karl Barth, y que seguía con pasión al formidable teólogo que desde los años 20 conmocionaba el pensamiento reformado, introduciendo elementos de la filosofía existencial o de la más reciente renovación bíblica. Que pronunciaba palabras prohibidas, como el compromiso social de los cristianos, el diálogo con las otras iglesias y todas las religiones, la apertura crítica pero leal al mundo moderno, sus desafíos, la asunción de la política. El hijo de los López escuchó aquella propuesta con fascinación, y supo que allí estaba su personal verdad revelada, el ámbito de su destino. Que aunque aquel mismo pastor y su pequeña comunidad pronto se retractarían, hasta la involución, él seguiría adelante. Sin abandonar nunca su pequeña iglesia, no abandonaría jamás el camino de apertura y diálogo al que había sido invitado. Ruptura y fidelidad, búsqueda consecuente, paciencia fraterna. Filósofo y teólogo, muchas veces en estricta soledad, fue armando sus certidumbres y sus convicciones, las armas de su combate. Al mismo tiempo insistió en ser tolerante, en aceptar las diferencias, en no forzar a los que retardan, o no entienden, o no pueden.

No logro evitar introducir acá mi pequeña anécdota personal. Era yo para aquel entonces apenas un adolescente y me inauguraba en el catolicismo, que me llegaba en sus formas bien paternalistas, nulo de Biblia o de filosofía, más cerca de la espada de Constantino que de las parábolas del profeta de Nazareth. Militantes, turbados por los rumores del brillo del joven profesor protestante, con otros de entonces, con Enrique Dussel o Eugenio Carbonari, fuimos a escucharlo y en alguna medida a desafiarlo, a cruzar nuestros estoques de devoción y rosario contra su palabra ya madura. Pasó lo irremediable: nos dejó en silencio pero sin humillarnos; nos ilustró sobre la Biblia, su mensaje abierto, sobre el porvenir de la fe y el diálogo de los creyentes. Siempre sonriente, dialogal, sin posturas de maestro. Después de algunos intentos ya no volvimos, cerriles en nuestro empeño. Pero lo que él representaba ya nos había herido, y en el andar de nuestros propios azares, con los años, otras dentelladas de la misma estirpe, dulces y terribles, no

harían sino terminar de cambiarnos, o al menos, de erosionar poco a poco el confortable edificio de los dogmas baratos.

Recién lo volví a ver físicamente 15 años después, en unas charlas de Paul Ricoeur. Estábamos a punto de volver a la Argentina para iniciar una etapa de estrecha colaboración, y al recordar aquella anécdota Mauricio reía con sus maneras estruendosas. Sin dudas, tras la risa, pensaba, como yo, en las extrañas maneras con que cierto pescador, por llamarlo de algún modo, tiende sus redes y termina, tarde o temprano, atrapándonos.

El hombre evidente

La gran actuación pública de López es muy conocida, o debiera serlo. Muy pronto fue dirigente y secretario general de FUMEC (Federación Mundial de Estudiantes Cristianos), de mucho peso en el mundo protestante y el hemisferio norte. Ya en 1942 hizo un largo viaje por EEUU y los países europeos, luego por los otros continentes. Desde entonces su tarea, junto con otros, fue cambiar las prioridades nor-europeas por las prioridades de África, Asia y América Latina. El cristianismo debía ser “ecuménico”, casa común para todos, sin diferencias. Su influencia crecería al hacerse cargo de la crucial comisión “Iglesia y Sociedad” en el movilizado Consejo Mundial de Iglesias. Desde allí organizó la Conferencia Mundial de Ginebra, en 1966, sin duda la más importante tarea de su vida, comparada por muchos con el Vaticano II en el mundo católico. Compromiso, emergencia del Tercer Mundo, revolución técnica y social, diálogo cristiano, fueron debates cuyos ecos duran hasta hoy. Que se prolongaría con Mauricio al frente de ISAL (Iglesia y Sociedad en A. Latina).

Como en el poder político, en el poder eclesiástico, cuando se accede a grandes puestos “ya no se retorna más”. Los que se afianzan en Ginebra “vuelven sólo para las fiestas”. No fue el caso de nuestro amigo. Retornó a sus clases en Argentina a fines del 68, y en varios aspectos tuvo que revalidar y empezar de abajo. Hablando en voz baja, como imponían las dictaduras de Onganía y de Lanusse. Rodeado de la admiración de muchos, pero también del silencio hostil de otros tantos. La universidad era caja de resonancia de las grandes polémicas que sacudían al mundo y a la Argentina, en una creciente espiral de violencia. Y el hombre ecuménico, el del diálogo, el pacificador, tuvo que aceptar las nuevas reglas de juego, como aceptó las zancadillas del mundo provinciano.

Algunos de sus gestos sorprenden todavía hoy. Sin ser para nada peronista, acepta la interpelación que desde allí venía en aquellos momentos; lee todo, toma apuntes, escucha. Siendo muy crítico de la iglesia católica, reconoce que el verdadero liderazgo para un cambio cristiano en lo social sólo puede venir de aquella comunidad que reúne multitudes. Casi con obsesión, sigue y estudia el proceso del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. En la muy, pero muy abundante producción de esos días, se refleja un trabajo riguroso y cotidiano. Los dos tomos de su obra que Oscar Bracelis logró editar (“Los cristianos y el Cambio Social en la Argentina”) son una prueba. En sus inéditos hay además bellas sorpresas: la pasión por el tango, por el fútbol, por las formas de la religión popular, para citar algunas. Ecuménico y plural, nada de lo humano le resulta ajeno.

En 1973 todo se acelera. Mauricio López es el organizador y luego el primer Rector de la Universidad de San Luis. La tierra puntana es el teatro de una audaz propuesta pedagógica y también cabeza de puente de las organizaciones armadas. Renovación didáctica, planteos ideológicos, aprietes de todo tipo, desmesuras. Mauricio es casi un secuestrado de las circunstancias y a la vez el único timón posible; ya sabe, sin duda, que lo va a pagar con la vida. 1973 es además el tiempo del golpe de Pinochet, y con otros, valido de sus relaciones internacionales, participará en el rescate de los refugiados. Abrirá su universidad para que muchos chilenos tengan amparo, estudio, legitimidad. En los momentos de desaliento y confusión repetirá una frase muy suya, mezcla de lunfardo y latines, de humor y coraje: “¡no me le merme! ¡Sursum corda los corazones!” Y cuando en el 76 llegue el propio golpe argentino y su destitución en el rectorado, ya no parará. Será el puente y la mano para la fuga de militantes y perseguidos. El camino para los profesores expulsados. Pasaportes, direcciones, contactos, sobres con dólares. Está escribiendo su sentencia.

Mauricio no quería mucho a Nietzsche, pero estaba cumpliendo uno de sus proverbios: “De todo lo que se escribe, sólo valoro lo que se escribe con la propia sangre”. Y cuando en la madrugada del 1º de enero del 77 nueve hombres armados y con el rostro cubierto por medias lo secuestraron, debe haber pensado que su Señor Jesucristo lo consideraba digno.

En estas horas terribles de la Argentina, las actuales, quizás el mejor homenaje sea repetirnos sus palabras sonrientes: “¡No me le merme! ¡Arriba lo corazones!”

Mendoza, diciembre del 2002.

Publicado en Los Andes el domingo 3 de febrero de 2002